

## A LOS VEINTICINCO AÑOS DE LA EXPULSION DE YUGOSLAVIA DE LA COMINFORM

FUE una considerable sorpresa: Yugoslavia quedaba excluida de Oficina de Información de los países obreros y comunistas —la Cominform, que era una versión más suave de la extinguida Comintern— y la URSS rompía con ella sus relaciones diplomáticas. Tanta sorpresa que en occidente no acababan de creérselo. Los que siempre piensan estas cosas decían que era «una maniobra», un juego lleno de astucia para desorientar a occidente. Ahora, en el XXV aniversario del acontecimiento —la nota de la Cominform se publicó el 28 de junio de 1948, y en los sucesivos días y el principio de julio se desarrollaron las retiradas de embajadores y las notas oficiales y oficiosas— aparece con todo su peso histórico: fue la primera ruptura del monolitismo comunista, que en occidente se consideraba como su mejor arma y hasta con una envidia no disimulada (las disensiones entre aliados occidentales eran ya notables); el acontecimiento que daría paso años más tarde a los intentos fallidos de Hungría y de Checoslovaquia —aunque éstos fuesen esencialmente distintos entre sí— y a los conseguidos de China y Albania. Por primera vez también se hablaba de la posibilidad de un comunismo nacional, adaptado a necesidades peculiares geográficas, políticas y económicas, y la necesidad de construirlo sin la ayuda de la Unión Soviética. Moscú y la Cominform decidieron que Tito estaba practicando «un desviacionismo de derechas».

Esta acusación de derechismo se sumó a la sorpresa de una manera especial. Se tenía a Tito por un representante del ala más radical, más a la izquierda, del comunismo mundial. Su política respecto a occidente era la más dura. Tito se había negado a firmar el tratado de paz con Italia (por la cuestión de Trieste, cuya zona Sur estaba bajo control yugoslavo, y en el tratado se devolvía a Italia; cuando Yugoslavia fue expulsada de la Cominform, los aliados cambiaron su actitud), había ayudado ostensiblemente a los guerrilleros griegos que estaban siendo diezmados por los británicos y luego por los Estados Unidos. Y cuando unos aviones de los Estados Unidos que volaban de Viena a Trieste pasaron —¿por error?— sobre territorio yugoslavo, Tito había dado el orden de atacarles, y dos habían sido derribados. Tito era el ejemplo viviente del duro, del comunista intransigente. La nota de la Cominform no convenía a nadie en sus términos: el desviacionismo derechista de Tito se debía a una simple cuestión de política agraria. ¿Cómo podía Stalin perder una baza tan importante simplemente por no aceptar la forma de

la redistribución de la riqueza agraria realizada por Tito?

Sin embargo, el eje principal de la disputa se planteaba por esa diagonal. Tito había repartido tierras, pero no había colectivizado la agricultura, había estimulado las inversiones privadas en minifundios, había impedido que los obreros industriales y los campesinos pobres formasen alianza contra los campesinos ricos (los famosos «kulaks» desposeídos en la revolución rusa), y de esta forma se había ido alejando poco a poco del internacionalismo proletario, desli-

plazando poco a poco a los dirigentes comunistas de su país que se proclamaban fieles a Stalin. Había quizá que Tito mantenía contactos secretísimos con occidente y que su agresividad era más aparente que real. Tal vez que había intentado formar un bloque por su cuenta. Meses antes de la expulsión, en enero de 1948, «Pravda» había publicado un editorial criticando los contactos de Tito con dirigentes búlgaros con vistas a la creación de una Federación de los Eslavos del Sur.

Pero podemos insistir: ¿había

y el reparto del mundo que efectivamente tuvo lugar. Desde estas páginas se ha emitido la idea de que el supuesto reparto actual entre Brejnev y Nixon no es más que una consagración del de Yalta, sin grandes variaciones. Y en Yalta, 1945, sé que la influencia soviética sería del 50 por 100 en Yugoslavia y el otro 50 por 100 a los occidentales. Churchill lo había preparado en su viaje urgente a Moscú de 1944, y lo relata él mismo. Mano a mano con Stalin, le dijo: «Resolvamos nuestros problemas en los Balcanes. Sus Ejércitos se

# EL ENIGMA DE TITO EN LA POSGUERRA



zándose hacia posiciones nacionalistas», y «había tomado posiciones en muchas cuestiones de principio que resultaban contrarias a las ideas del marxismo leninismo»; las críticas recibidas «las había rechazado sin siquiera tomarse la molestia de analizarlas» (todo esto según los textos soviéticos), y ni siquiera había querido estar presente en la reunión de la Cominform, en cuyo orden del día figuraba este epigrafe: «La situación del partido comunista en Yugoslavia». Fue por lo tanto expulsada.

Había, naturalmente, más. Había que Tito había ido eliminando, des-

pués algo más? ¿Había un cierto acuerdo entre Stalin, Roosevelt y el propio Tito para una especie de neutralización de Yugoslavia bajo régimen comunista, paralela a la de Finlandia bajo régimen de democracia parlamentaria? Si hubiese sido así Tito habría necesitado los tres años desde su toma del poder hasta la ruptura para ir preparando a su país y a su propio partido para este cambio, sin brusquedades ni rebeliones... Hay algunas fuentes históricas que podrían abonar esta tesis que parece por el momento arriesgada. Se habla mucho estos días de Yalta

encuentran en Rumania y en Bulgaria y nosotros tenemos intereses, misiones y agentes en esos países. Evitemos un choque por cuestiones que no merecen la pena. En lo que concierne a Gran Bretaña y Rusia, ¿qué diría usted de una influencia del noventa por ciento para usted en Rumania, del noventa por ciento para mí en Grecia y la igualdad, cincuenta/cincuenta por ciento, en Yugoslavia?». Para mayor claridad, mientras el intérprete traducía a Stalin la propuesta, Churchill escribió de su puño y letra en un papel estas cifras:





Tito, con algunos de los miembros de su Gobierno y Mando Supremo, en el refugio de las montañas donde estableció su cuartel general. En la foto de la página de la izquierda, Tito, victorioso, habla por vez primera en público en Belgrado desde el balcón del Teatro Nacional.

## JUAN ALDEBARAN

### RUMANIA

|                  | %  |
|------------------|----|
| URSS ... ..      | 90 |
| Los otros ... .. | 10 |

### GRECIA

|   |       |
|---|-------|
| Gran Bretaña (de acuerdo con Estados Unidos) ... .. | 90    |
| URSS ... ..   | 10    |
| Yugoslavia ... ..                                   | 50/50 |
| Hungría ... ..                                      | 50/50 |

### BULGARIA

|                  |    |
|------------------|----|
| URSS ... ..      | 75 |
| Los otros ... .. | 25 |

«Puse el papel —dice Churchill— delante de Stalin, a quien ya le habían sido traducidas mis palabras. Pensó durante un momento. Luego tomó su lápiz azul y trazó una gruesa raya en señal de aprobación y me lo devolvió. Todo fue resuelto en menos tiempo del que necesito para escribirlo». Churchill le dijo luego a Stalin: «¿No resultará un poco cínico que parezca que hemos decidido de una manera tan brusca unos problemas de los que dependerá la suerte de millones de seres humanos? Quememos este papel...», y el mariscal respondió: «No, guárdese».

Estas cifras fueron retocadas después en Yalta, en presencia de

Roosevelt, y quizá luego el desarrollo de los acontecimientos en esos países permitiera algún otro cambio. Pero Yugoslavia estaba destinada a ser una zona de influencia mutua. Se cuenta, sin embargo, que Stalin comenzó a hacer presión sobre Tito y sus guerrillas para que aceptasen el regreso de Pedro II. Los acontecimientos de la lucha de guerrillas en Yugoslavia permanecen todavía bastante misteriosos. ¿Por qué Gran Bretaña y los Estados Unidos, que con tanta dureza combatieron y exterminaron la guerrilla de izquierdas en Grecia —hasta restaurar la monarquía y establecer un régimen conservador—, ayudaron a los grupos comunistas de Tito en Yugoslavia? En Yugoslavia había dos grupos de guerrilleros contra el ocupante hostiles entre sí: la del general Mihailovich, formada principalmente por militares, monárquicos y conservadores, y la de Josep Broz, llamado Tito, de combatientes comunistas. En un principio, británicos y estadounidenses preferían la de Mihailovich. Alemanes e italianos intentaban por acciones secretas enfrentar a las dos guerrillas entre sí. Oficialmente, en Londres se temió que Mihailovich llegase a estar de acuerdo con los ocupantes. Su inacción preocupaba. Pero, ¿había otros motivos? El hecho es que en 1943 Churchill informó al Rey Pedro que Gran Bretaña había decidido sostener exclusivamente a los grupos de Tito; el propio Rey ordenó a Mihailo-

vich que se sometiera a las instrucciones de Tito para la dirección de las guerrillas, y éste rehusó. Y finalmente se sumó a los ustachis croatas, a los fascistas. Esta traición de Mihailovich, ¿estaba ya prevista desde antes? ¿O fue llevado a ella por la retirada de la ayuda occidental, la orden del Rey y la sospecha de que Tito le ejecutaría? (Finalmente, en efecto, fue ejecutado, después de un juicio y de estar año y medio en prisiones.) A partir de entonces la ayuda de los Estados Unidos y de Gran Bretaña llovió sobre Tito, sobre el comunista Tito, mientras se dice que Stalin en más de alguna ocasión le reprochó «su excesivo comunismo» (Jacques de Launay, «Les grandes controverses du temps présent», Editions Rencontre, Lausana, 1967). Este hecho hacía que Yugoslavia fuese el primer país comunista de la posguerra, y el único que había establecido su régimen sin la ayuda de la URSS y con la de los aliados occidentales. ¿Respondía esa situación al acuerdo de 50/50 por 100? ¿Prefiguraba ya el independentismo de Tito de 1948? ¿Podría ser una farsa o un acuerdo entre todos la expulsión de la Cominform? Solamente las preguntas son ya demasiado arriesgadas, en tanto no haya otros datos históricos que puedan abonarlas. Pero algunas sospechas parecen bastante lícitas.

A partir de la ruptura, Tito comenzó a recibir ayuda económica y técnica occidental, pero sin mo-

dificar su régimen. Durante un tiempo Tito respondió escasamente a las acusaciones de traición de los órganos ortodoxos comunistas, pero más tarde inició sus acusaciones contra Stalin. Serían las primeras en venir del campo comunista, y aparecerían entonces como blasfemas para los ortodoxos; pero más tarde serían confirmadas y aun ampliadas por las denuncias de Krutchev. Y vendría la reconciliación. Tito ni aun después de la muerte de Stalin aceptó formar parte del Pacto de Varsovia: esgrimía su neutralidad en los dos bloques, que le parecía compatible con el carácter comunista de su régimen. Más aún, tomó parte muy activa en los movimientos de Tercer Mundo, con Nasser, Sukarno, Nehru... Pero solamente dos semanas después de la firma del Pacto de Varsovia en mayo de 1955, Krutchev voló a Belgrado para entrevistarse con Tito, después de una cuidadosa preparación diplomática. Fue recibido con entusiasmo —era la reconciliación y era también la consagración de los puntos de vista de Tito—, y en el comunicado final se habló de «un respeto mutuo para las diferentes formas de desarrollo del socialismo», que debía sentar doctrina en el comunismo, aunque esa doctrina fuese negada en la intervención de las potencias del Pacto en Checoslovaquia en 1968. La destalinización oficial en la tribuna del XX Congreso se produciría unos meses después de la entrevista Tito-Krutchev, y una vez que el último resistente a la reconciliación, Molotov, hubiese sido depuesto de su cargo de ministro de Asuntos Exteriores de la URSS.

Yugoslavia, sin embargo, no ha conseguido resolver algunas contradicciones, algunas a las paradojas. Por ejemplo, su doctrina de comunismo nacional y adaptado a las circunstancias de cada grupo geográfico y económico no se ha reflejado en el problema de las diferentes nacionalidades interiores del país, donde sigue manteniendo el «rigor monolítico», lo que ha proporcionado algunos momentos de crisis agudas con los croatas y los eslovenos. Algunas crisis actuales se producen como consecuencia de la vejez de Tito y las luchas por la sucesión. Tito, que pareció favorecer un comunismo más abierto y más pluralista en algunos momentos, está siendo forzado ahora a posiciones más duras, sobre todo en la intervención política en los centros de enseñanza, la dirección del arte y la cultura, las depuraciones de tecnócratas y de elementos liberales. Muchos observadores creen que se trata de una situación provisional en vistas del tránsito inevitable para asegurar la continuidad después de la muerte de Tito.